

LA MADRE DE FAMILIA.

REVISTA LITERARIA, MORAL Y RECREATIVA,

CON LA APROBACION ECLESIASTICA

Y BAJO LA DIRECCION DE

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ

GRANADA: REDACCION Y ADMINISTRACION, DARRO DEL CAMPILLO 15.

Se publicarán noventa y seis números al año, conteniendo artículos de costumbres, novelas, poesías, y cuanto uzguemos apropiado para la instruccion religiosa, la enseñanza y el recreo.—Los pagos podrán hacerse directamente á esta administracion en letras del giro mútuo, y en los puntos donde no las haya en sellos de comunicaciones pero solamente de veinte y cinco céntimos de peseta.—Suplicamos á los señores que quieran suscribirse, que al darnos el aviso, marquen bien su nombre, pueblo de su residencia y provincia á que pertenece.—El precio de suscripcion es el de DOS reales mensuales en toda España. Ultramar y extranjero CUATRO, franco de porte.

SUMARIO.

El primer año de matrimonio, por Ángela Grassi.—
Virtud y orgullo, poesía, por Ramon Campoamor.—
¡Hay mas allá! novela por Enriqueta Lozano de Vilchez.—
Misticeo desposorio de Santa Catalina, poesía por J. V.—
Resignacion, por X.—Correspondencia.

EL PRIMER AÑO DE MATRIMONIO.

CARTAS Á JULIA.

Continuacion.

Hé aquí, pues, como la habló.

—Eufrasia, tú eres viuda, tienes seis hijos, y con tu trabajo de lavandera no ganas lo bastante para mantenerlos. Sin embargo, con una generosidad, muy digna de alabanza, has prohiado á dos sobrinitos, huérfanos de padre y madre.

La mayorcita aun te puede ayudar en tu

trabajo, pero la menor es muy endeble, los quehaceres rudos la matan, y tal vez no pueda resistirlos mucho tiempo. Necesitaria ocuparse poco y respirar un aire mas puro...

—Soy tan pobre! suspiró Eufrasia.

—Pues bien, si quieres, yo la colocaré al lado de una buena anciana, que habita all arriba, en el Pico Verde, y ambas podrán cuidarse mutuamente.

Escuso decirte que Eufrasia aceptó llena de agradecimiento esta proposicion.

Llegó por fin el gran dia. Se prepararon las provisiones, se alquilaron borricos, y todos, amos y criados, fuimos en romería al Pico Verde, llevando con nosotros en triunfo á Clara, la sobrina de Eufrasia.

Era una hermosa mañana de abril: la naturaleza riente respondia con ecos de júbilo al júbilo que embargaba nuestras almas. El cielo era puro, el aire perfumado, los árboles estaban cubiertos de renuevos, la tierra de ramilletes de flores, cuyas corolas se balanceaban, como si quisiesen saludarnos. Aquí, entre cuatro guijas blancas y peladas, culebrea-

ba un arroyo; allá en el hueco de una peña, cantaba formando su nido un pajarillo. A cada paso un prodigio, á cada paso descubríamos un misterio inefable de amor y de alegría, que hacia estremecerse de alegría y amor nuestros tranquilos corazones.

Llegamos al Pico Verde. Paula nos esperaba en mitad del camino, y con ella todos los habitantes de aquellas casuchas, ansiosos de conocer á la nueva propietaria.

Nuestros viejos muebles les habian parecido espléndidos á aquellos hombres sencillos, en su mayor parte pastores, y acostumbrados á dormir sobre un puñado de paja en invierno, y sobre las duras piedras del campo en el verano.

Así, pues, nos saludaron con un hurra espontáneo y entusiasta, mientras Paula esclamaba batiendo las palmas, y mirando á todas partes con aire de triunfo:

—Veis cómo han venido!

Pasados los primeros saludos, vimos que aquellas buenas gentes nos tenían preparados algunos sencillos presentes, que valian mucho á nuestros ojos, por la buena fe con que nos los ofrecían. Paula nos dió un panal de rica miel, y los otros, quien una jarrita de leche, quien algunos requesones, quien, por fin, bollitos de pan negro, pero recién sacados del horno.

Nosotros en cambio los convidamos á almorzar, y aunque se resistieron un poco al principio, acabaron por sentarse, entre confusos y avergonzados, debajo de un árbol, á cuyo alrededor los criados acababan de colocar las provisiones.

El almuerzo fué tan alegre, como era alegre el sol, alegre la naturaleza, y alegres y satisfechos nuestros corazones...

Me es imposible continuar... Julia! Me parece que el papel está lleno de ojos, y que me miran y me reconvienen... Pobre Linda! Y he sido yo misma, yo misma la que he tenido valor de sacrificarla! Oh, paz, cuánto me cuestas!

Lo que me parecían ojos son mis lagrimas que caen sobre el papel... No se lo digas á nadie!...

XX.

¿Lo creerias Julia? Así que he apagado la luz y me he metido en la cama, sin duda al adormecerme, he empezado á ver por todas partes cabritas!... ¡Cabritas que triscaban por las paredes, cabritas que caian del techo, cabritas que asaltaban mi cama!...

Prefiero encender de nuevo la lamparilla y continuar mi narracion,

A los postres, la abuela hizo recaer la conversacion sobre la huerfanita, y dijo á Paula.

—Yo he pensado en usted que es tan buena! usted podria tenerla á su lado... Usted ha perdido á sus hijos, ella ha perdido á sus padres, y ambas hallarian en su mútua desdicha algun consuelo.

—Pobre hija mia, exclamó Paula abalanzándose á la niña y acariciándola, cuanto daria por hacerlo; pero si soy tan pobre, si ni aun tengo casa...

Entonces María, que ya habia aprendido su leccion, se adelantó ruborizándose.

(Continuará.)

Angela Grassi.

VIRTUD Y ORGULLO.

—«Mezquina es tu existencia, á un humilde rosal dijo una encina, pues arrastras al par de mi opulencia tu existencia mezquina.»

De una santa en las fiestas placenteras bajaron á coger unos pastores ramaje de la encina para hogueras, y del rosal, para la imágen, flores.

Ornó el rosal la imágen peregrina, y entónces me presumo que mirando en la hoguera arder la encina, exclamó al darle el humo:

—No afrentes al humilde con tu fausto; que el día de la prueba, en acto innoble, con ignominia doble

tal vez sirvas de incienso á su holocausto.

RAMON CAMPOAMOR.

¡HAY MAS ALLA!

NOVELA ORIGINAL

DE

Enriqueta Lozano de Vilchez.

(CONTINUACION)

En el primer momento casi se había sentido trastornada, jamás un espectáculo como el que presentaban las luces, los perfumes la riqueza que la cercaban entonces, se había ofrecido á su vista, ni aun á los sueños de su imaginación.

Pero despues se tranquilizó; pensó en Agustín, recordó á Lucia, y esta idea la hizo casi extraña para lo demás.

Ella se consideraba extranjera en aquel mundo que veía por primera vez y se cuidaba poco de él.

La diferencia que existía entre aquel momento, y la vida de los que tanto amaba, la entristeció, y la hizo pensar que aquel no era su centro, y que nada tenía ella que ver con aquellas damas, con aquellos señores, con aquella multitud que veía en torno.

La pobre fosforerita se encontraba sola en medio de aquella sociedad que no era ni sería nunca la suya.

Por fortuna esto que debía intimidarla, prestóla nuevo valor, y cuando Adrianesi la condujo al piano para que cantase la primera pieza, la ocurrió lo que en la humilde Iglesia de su pueblo: se absorbió en sí misma y no pensó ya en los demás.

Segun había esperado del maestro, desde las primeras notas que se escaparon de sus labios, cautivó la atención general y al terminar había dominado no solamente todas las inteligencias, sino todas las almas.

Su triunfo fué completo, todos cuantos acabaron de oirla la admiraron y la aplaudieron frenéticamente.

Adrianesi estaba loco de alegría, la niña conmovida, pero, sin saber por que, desanimada y melancólica; de sus hermosos ojos se escapó á su pesar una lágrima y de sus labios un suspiro.

Ay! que aquella ovación solo la presenciaba su anciano maestro, y nadie estuviera ligado á ella por los lazos del corazón.

De todas partes oía elogios, alabanzas, pero de nadie una palabra de verdadero afecto, de amor sincero.

Cuando se retiraron era ya muy tarde y Nina deseaba que pasase pronto el día para volver á su convento.

Allí entre las buenas religiosas se hallaba mejor.

El ruido del mundo la había aturdido, la sociedad la asustaba.

Ninguna de estas impresiones fué confiada á su anciano maestro.

Este, que tanto había gozado con los aplausos y los bravos que la habían prodigado, que creía que ella debía ser muy feliz, quizá la habría calificado de ingrata.

Adrianesi no tenía más amor que su arte y jamás había experimentado esos sentimientos delicados que tienen vida en el corazón, ¿cómo había, pues de comprenderla en aquel momento?

La joven guardó sus pesares en el fondo del alma y nada dijo, procurando sonreír con la dulzura que lo hacía siempre.

Satisfecho de la primera prueba, contento con la primera impresión que había causado la discípula, el maestro procuró repetirla, puesto que por todas partes le daban la enhorabuena, felicitándole de aquel triunfo.

En cuanto á la niña, solo llevaba como recuerdo de aquella noche al volver á su convento, un poco más de cansancio en el cuerpo un poco más de palidez en el rostro, y ni un recuerdo dulce en el alma.

El anciano Marqués del Prado vivía solo en su magnífico palacio, en medio de la más extrema opulencia pero privado de todo amor!

Desde la muerte de su hijo único, en el cual cifraba todas sus esperanzas, toda su vanidad y todo su afecto, aquel hombre se había tornado sombrío y casi mudo, y en su rostro, petrificado por el hereditario orgullo de su raza, se veían de continuo sombrías nubes que los años, y el aislamiento, y el peso iban acumulando en él.

Mil veces, al dirigir en torno su mirada, al ver el silencio de aquella casa, por cuyas extensas habitaciones solo trascurrían algunos criados con paso recatado y ligero, como temerosos de turbar la quietud sombría de su viejo señor.

—Oh! se decía, si Diego viviera, si estuviere

á mi lado animando esta soledad con su presencia, si al menos antes de morir, hubiera contraído un enlace digno de él, y hubiera dejado á mi lado alguno de esos ángeles que son la dicha y la alegría de la vejez...! pero no, Dios no ha querido concederme este consuelo, y estoy solo.. solo!

Al expresarse de esta manera, su pensamiento se volvía involuntariamente hácia la niña desconocida que tenía derecho á su amor, á gozar de su fortuna, á llevar su nombre quizá...

Sí, porque á su vez era hija de Diego, de su propio hijo, el cual al morir le había suplicado con las lágrimas en los ojos que no la abandonase, que remediasen su falta por completo, hasta donde llegasen sus fuerzas: que la diese nombre, protección, amparo... y él había querido hacerlo; pero de un modo ineficaz, y nó como Diego le había suplicado al borde de la tumba.

Pero ay! las cosas del mundo se ven de un modo muy diferente cuando marchamos por sendas con pié firme y cruzamos sus dinteles para despedirnos de él!

Algunas veces, cuando don Luis, su apoderado, su hombre de confianza le había hablado de la pobre niña, condenada á vivir en la miseria, en la pobreza en el olvido, su corazón se había estremecido, acaso por un vago latido de amor hacia aquel ángel infortunado, por un deseo inconsciente de verla, de oír su voz, de fijar los ojos en su mirada, donde acaso asomaría un reflejo del alma de Diego... pero todos estos dulces impulsos, todas estas emociones desconocidas, se apagaban ante un sentimiento más fuerte, más arraigado, más antiguo en él.

El sentimiento del orgullo!

Entonces un rencor injusto se alzaba en el fondo de su pecho y le hacía mirar á Nina como á un ser ingrato que había despreciado sus favores y desdenado su protección.

—Oh! exclamaba en tales momentos, ha hecho bien! No debía ser de otro modo: su origen oscuro y bajo no podía menos de inspirar todas sus acciones.

—Era hija de una miserable, y prefiere serlo á su vez! No pensemos más en esto. Yo he cumplido con mi deber! he hecho cuanto ha estado á mi mano, cuanto Diego quería. El mismo no hubiera dado un paso más. Si ella ha preferido el cariño de esas gentes á cuanto yo la ofrecía, ¿qué hubiera podido esperar en adelante? nunca las hubiera olvidado, su instinto la habría arrastrado siempre hácia ellos y yo no podía transigir con esto... siempre hubiera sido una villana, siempre se hubiera manifestado su sangre de tal!

Y el Marqués irritado procuraba alejar de su

mente aquellas ideas y borrarlas enteramente de su corazón.

Alguna vez don Luis quiso hablarle en favor de aquella pobre niña á quien solo había visto un día, pero á quien no podía olvidar: había procurado no solo justificar su conducta, sino hacer ver al anciano cuanto de noble había en ella, cuanto de grande y desinteresado.

Pero el Marqués no quería nunca escucharle y como el temor y el respeto sellaban los labios del servidor, este no insistía y la pobre Nina volvía á quedar olvidada.

Vidal, sin embargo, había hecho algunas gestiones para saber de ella, para informarse de su suerte por conducto del anciano cura de la aldea, y por él supo que la niña estaba en un convento de Madrid, protegida por un compositor de música que pretendía hacer de ella una gran artista.

Esto en vez de halagarle mortificó un tanto á don Luis.

Ya hemos dicho antes que el buen administrador se había sentido dominado por Nina, que había experimentado al verla, al oír algo que él no sabía explicar, y que nosotras llamaremos el ascendiente dulce y suave de la inocencia y la virtud.

Vidal, estaba seguro de que su señor la hubiera visto como él la recordaba humilde, pobre, débil y desgraciada; la compasión hubiera abierto el camino al cariño y ¿quién sabe? tal vez aquella niña hubiera consolado y hecho felices los postreros días del Marqués.

Y como este cada día estaba más sombrío, más irascible, más enfermo, Vidal, el fiel servidor, empezó á pensar seriamente en buscar el remedio para aquellos males.

—No hay duda, se decía mil veces: el señor Marqués tiene algo que le hace daño en el corazón; el recuerdo de su hijo moribundo le trae á la memoria otro recuerdo... y aquella promesa no cumplida, aquel juramento no llevado á cabo, le causan un remordimiento y una pena que él no se atreve á confesar, pero que yo advino, que yo veo; por otra parte si mi señor muriera así, sería una lástima... esa niña que debía ser rica y feliz, ya no podía tener esperanza alguna porque los herederos no tratarían de cuidarse de ella para nada... ¡sí!... bonitos son los sobrinos de mi señor para... Y ello es que sería una infamia, una injusticia porque al fin siendo cierto, como lo es, todo lo que aquel anciano cura dijo... y luego aquella niña y aquella ciega, y aquel viejo... Oh! dicen algunos espíritus fuertes que no hay más allá, pero si lo hubiera, el alma del señor don Diego no podría hallar re-

poso mientras esa niña viva pobre y desgraciada.

Y don Luis hombre ecéptico y frío en la apariencia pero bueno en el fondo siguió preocupado por estas ideas y resuelto á darles solución.

(Continuad).

Enriqueta Lozano de Vilchez,

MÍSTICO DESPOSORIO DE STA. CATALINA.

¡Qué sueño tuvo esta noche
La princesa Catalina!
Soñó ver al buen Jesús
En los brazos de María
Como perla en áureo anillo,
Como en tiesto clavellina.
Cuando le ve tan hermoso
A sus brazos le convida:
Al infante no le place,
Hacia su Madre se inclina.
La Virgen que lo ha advertido
Dice llorando afligida;
—¿Ver no quieres, hijo mío,
A la flor de Alejandria?
—Madre mia, en mis jardines
Mejores se cogerian.
—¿Pues qué le falta á esta flor
Para ser flor escogida?
—Fáltale, mi Madre, un riego
Del agua que cristianiza.—
A estas frases de Jesús
Se despierta Catalina;
Corre á las aguas del Nilo,
Su espíritu purifica:
Cuando fué blanco cual nieve
A su palacio volvía.
Durmióse luego en su lecho
Y el mismo sueño la agita.
Sueña ver al buen Jesús
En los brazos de María.
Cuando le ve tan hermoso,
A sus brazos le convida.
Al buen Jesús ya le place,

Baja á sus brazos de niña:
Lo primero que la dice:
—Tú serás la esposa mia;
Angeles tienen el velo,
Virgenes luces benditas;
Héte aquí mi anillo de oro,
Dame corazon y vida:
Tu corzon quiero ahora,
Mas tu existencia otro dia
La querré, cuando serás
Cual la cepas de mi viña.—
Lleno el corazon de amores
Alas bate de alegría
Con tan intensos latidos
Se despierta Catalina.
Al buen Jesús ¡ay! no ve,
Mas su anillo si tenia.
Cuando ve sólo el anillo
Amargamente suspira:
—Vos me dais sólo el anillo,
Y á vos, Jesús, yo queria:
Para poder mereceros
Pasaré por llamas vivas
Y por ruedas de cuchillos
Hasta dar á Vos la vida.

RESIGNACION.

(CONTINUACION)

Los domingos no trabajaba y creí que en tales dias saldria, porque el lunes era cuando el ramillete de violetas estaba puesto en la ventana, marchitándose en los dias siguientes hasta que era reemplazado al fin de la semana. Me figuré aun, que era casi pobre y que trabajaba en secreto para vivir, porque mientras que ella gastaba los vestidos más pobres, siempre eran ricos y hermosas muselinas en lo que estaba bordando. En fin ella no estaba sola en aquella casa porque al pasar un dia, oí una voz imperiosa que gritó:

—«Ursula» y ella se levantó precipitadamente. Aquella voz no era la de un amo, porque Ursula no habia obedecido como obedece una criada. Habia habido un no sé qué de buena volun-

tad en la precipitación con que aquella se levantó, y sin embargo la voz nada había tenido de afectuosa.

Pensé que Ursula no era tal vez amada de las personas con quienes vivía, y aunque la hacían sufrir malos tratamientos, al paso que ella en fuerza de su buen natural se había adherido á ellos sin recibir nada en cambio.

El tiempo pasaba y cada día iba sabiendo un poquito más de la existencia de la pobre Ursula, á pesar de que para adivinar sus secretos no tenía otro recurso que el de pasar una vez al día por delante de su ventana.

Ya he dicho que ronreía al mirarme: me ocurrió un día durante el paseo, coger algunas florecillas, las que á la vuelta dejé con alguna timidez en la ventana de Ursula; esta se ruborizó algún tanto y después se sonrió más dulcemente de lo que acostumbraba.

Desde entonces todos los días Ursula tuvo su ramillete, en el que con las flores de los campos mezclaba yo algunas de mi jardín.

Así es que hubo flores en la ventana, flores en el cinturón de Ursula, reinando al fin la primavera en la casita gris.

Sucedió que al retirarme una tarde me sorprendió un aguacero de tempestad en medio de la estrecha callejuela.

Ursula salió corriendo á la puerta de su casa, me hizo entrar, y cuando íbamos por el corredor, que precede á la pieza en que ella trabajaba, me cogió las dos manos y me dijo con los ojos humedecidos por las lágrimas.

—Muchas gracias. Esta era la primera vez que nos hablabamos.

Entre en el aposento donde trabajaba Ursula que era la mejor pieza de la casa; sin embargo las baldosas encarnadas helaban los pies, no había más asientos que unas sillas de paja, y dos mesas viejas adornaban los extremos de la sala larga y estrecha, que no teniendo mas ventilación que la de la ventanita estaba oscura, fría y húmeda.

La oscuridad no me dejó reparar al pronto en dos personas que había en un rincón de la estancia colocadas en dos sillones un poco más cómodos. Eran un anciano y una mujer casi tan vieja como él: la mujer estaba haciendo calceta tan lejos de la ventana, sin necesitar la luz, porque era ciega y el viejo nada hacía más que mirar al frente; pero con miradas fijas y sin expresión. Ah! había traspasado ya los límites ordinarios de la vida y su cuerpo solo existía: era imposible mirar á aquel anciano, sin comprender que se había vuelto de la edad de los niños.

No parece sino que al prolongarse la vida demasiado, el alma como irritada de su largo cautiverio procura desprenderse de su prisión y con sus esfuerzos rompe los lazos que conservaban la armonía, alterando su mansión.

Aun no ha partido; pero tampoco se halla donde debía estar!...

Hé aquí lo que ocultaba la casita gris, con su aislamiento, su silencio y su oscuridad: una mujer ciega, un anciano imbecil, una pobre joven marchita antes de tiempo, porque su juventud había sido oprimida, agoviada por las chocheas que la rodeaban y por las vetustas paredes que la tenían cautiva.

Aun si el cielo hubiera hecho de Ursula una muger de escaso talento, una ama de gobierno, activa y entretenida con sus faenas domésticas, inquietada por mil pequeñeces y hablando todo el día sin decir nada en sustancia, todavía era más llevadero; pero estaba olvidada en aquella casita una melancólica joven, pensadora, exaltada, adivinando la vida, sospechando sus placeres y hasta envidiando sus tristezas.

Había hecho de su alma un instrumento cuyas cuerdas todas, hubieran podido producir un sonido delicioso, y las había condenado á todas á un silencio eterno.

Ella había visto pasar día por día todos los de su juventud, llevándose su hermosura, sus esperanzas y su vida, y sin dejarla más que el silencio y el olvido!

Volví repetidas veces á ver á Ursula y he aquí poco más ó menos conforme me contó su vida, sentados un día junto á la ventana.

—He nacido en esta casa y nunca he salido de ella; pero mi familia no es de este país: somos extranjeros sin relaciones y sin amigos. Mis padres ya eran de bastante edad cuando se casaron y no los he conocido jóvenes. Mi madre se quedó ciega, y esta desgracia entristeció de tal manera su carácter que la austeridad empezó á reinar en casa. No solo nunca he cantado, sino que mi infancia fué tan silenciosa que me estaba prohibido el ruido mas ligero. Nadie era feliz y por lo mismo me hacían muy raras caricias: sin embargo mis padres me amaban; pero como nunca me declaraban sus sentimientos, yo juzgaba su corazón por el mio, y amándolos creía que ellos me amaban también. Mi vida no ha sido siempre tan triste como ahora porque tenía una hermana....

Los ojos de Ursula se humedecieron con lágrimas, pero estas lágrimas no corrieron, acostumbradas como estaban á permanecer ocultas en el fondo del corazón de la joven, que continuó así:

—Tenia una hermana mayor un poco silenciosa como mi madre, pero complaciente y afectuosa como yo.

Nos queriamos mucho y entre las dos repartiamos los cuidados que exigian nuestros padres.

Jamás tuvimos el gusto de pasearnos juntas, allá abajo en el bosque ó en lo alto de la colina. Una de las dos se quedaba siempre en casa para cuidar á nuestro anciano padre; pero la que salia traía algunas florecillas cogidas al borde del camino y hablaba de árboles, de aire y de sol; de modo que la otra se figuraba que tambien habia paseado. Por la noche trabajábamos juntas cerca del velon, sin poder hablar, porque nuestros padres dormitaban cerca de nosotras, pero al menos cada una al levantar sus ojos se encontraba con una dulce sonrisa en el semblante de la otra. Subíamos despues á acostarnos en una misma pieza, sin dormirnos hasta que una voz amiga repetia varias veces:—Buenas noches! duérme bien, hermanita!—Dios bien podia habernos dejado juntas, ¿no es verdad? pero yo no murmuro, porque Marta es feliz en la gloria!

Yo no sé si fué la falta de aire y de ejercicio, ó la de felicidad la que desarrolló en Marta los primeros gérmenes de su enfermedad; pero lo cierto es que yo la ví debilitarse y padecer cada vez más. Ah! yo sola me inquietaba por ella, porque mi padre no la veia y Marta nunca se quejaba.

Mi padre empezaba ya á caer en esa insensibilidad en que le veis, y solo al cabo de muchos tiempo pude decidir á mi hermana á que llamase al médico. Entónces ya no habia remedio, padeció un poco de tiempo más y al cabo murió!

La vispera de su muerte, me hizo sentar junto á su lecho, tomó una de mis manos entre las suyas trémulas, y me dijo:

—Adios, mi pobre Ursula! No siento más que á tí en este mundo; pero ten valor y cuida á nuestros padres que son buenos y nos aman, aunque no siempre nos lo digan. Cuida tu salud en obsequio suyo porque no puedes morirte antes que ellos. Adios, mi buena hermana, no llores mucho, ruega á Dios con frecuencia... y hasta que nos veamos, Ursula.

Tres dias despues se llevaban de aquí á Marta tendida en su ataud y yo me quedé sola al lado de mis padres. Cuando anuncié á mi madre ciega la muerte de mi hermana, lanzó un alarido, dió algunos pasos á la ventura por el aposento y cayó de rodillas. Me acerqué á ella y la volví á su sitio y desde entónces no ha vuelto á llorar ni hablar, aun mas silenciosa que antes: pero veo que las cuentas de su rosario pasan con más frecuencia por entre sus dedos.

Ya casi nada tengo que contaros: mi padre pronto se quedó como le veis y además tuvimos un quebranto en los cortos bienes que constituian nuestro bienestar. Quise que mis padres no lo notasen ya que era tan facil engañarlos, puesto que el uno no entiende y el otro no vé, y me puse á trabajar, vendiendo en secreto mis bordados.

No habló con nadie desde que mi hermana murió y con mucha aficion á la lectura no puedo leer porque es preciso estar trabajando.

No salgo más que los domingos, y como siempre voy sola no me alejo mucho.

Hace algunos años y cuando yo era más jóven he pensado muchas cosas, ahí en esa ventana mirando al cielo. Poblaba mi soledad de mil quimeras que abreviaban la lentitud del dia, ahora parece que un cierto entorpecimiento ha embotado mis facultades. Mientras que aún era jóven y algo bonita, esperaba, así, á la casualidad, no sé qué cambio en mi destino; pero ahora que tengo veinte y nueve años, la tristeza más bien que ellos ha marchitado mi semblante. Ya todo está visto!... perdí mis esperanzas y aquí acabaran mis dias solitarios.

No creais que al instante me haya conformado con resignacion, á este amargo destino. No: dias hubo en que mi corazon se revelaba por envejecer sin amar. No ser amada, es cosa imposible; pero no amar, esto quita la vida! ¡Os lo confesaré!... he murmurado de la Providencia y me han pasado por la imaginacion culpables pensamientos de rebellion y de reconversiones: pero este tumulto interior pasó como mis esperanzas. Pienso en las dulces palabras de Marta: «hasta que nos veamos, hermana» y no me queda más que una pasiva resignacion, una humilde abnegacion de mi misma. Rezo mucho y lloro muy de tarde en tarde.—Y vos, ¿vos sois feliz!

No respondí á la pregunta de Ursula; hablar de felicidad delante de ella hubiera sido lo mismo que hablar de un amigo ingrato delante de aquellos á quienes ha olvidado.

Pocos meses despues, una hermosa mañana de otoño, iba á salir de mi casa para ir á la de Ursula, cuando un jóven subteniente del regimiento que estaba de guarnicion en la plaza, vino á verme y hallándome dispuesto á salir me ofreció el brazo y se dirigió conmigo hácia la estrecha callejuela de Ursula. La casualidad me hizo hablar de ella y del interés que me inspiraba y como el jóven oficial, á quien llamaré Mauricio de Erval, parecia gustar de la conversacion, caminé más despacio. Cuando llegamos á la casita gris, ya le habia contado toda la historia de Ursula.

La miró con interés y compasión, saludó y se retiró.

Ursula cortada por la presencia de un extraño cuando no esperaba ver más que á mí, se puso algo colorada. No sé si fué por este instante de animación de su rostro, ó si consistió en los deseos que yo tenía; pero lo cierto es que la pobre joven me pareció casi bonita.

No sabía decir los vagos pensamientos que cruzaron por mi mente al contemplar á Ursula. Me levanté embebecido en mis reflexiones y sin hablarle una palabra, compuse con mis manos las trenzas de sus cabellos, de modo que bajasen mas sobre sus mejillas palidas. Me quité el lazo de terciopelo negro que llevaba al rededor de mi cuello, para ponerlo en el suyo y prendí algunas flores en su cinturón. Ursula sin comprender se sonreía, y su sonrisa me hacia daño. Como es tan triste la sonrisa de los desgraciados, parece que se ríen de nosotros y no de ellos mismos.

Muchos días pasaron antes que volviese á ver á Mauricio y muchos más todavía antes de que volviese conmigo á la casita gris; pero esto al fin sucedió de vuelta de un paseo dado alegremente en compañía de muchas personas, al dispersarse cada una en la entrada de la ciudad, yo cogí el brazo de Mauricio para ir á casa de Ursula.

Era una imprudencia tal vez; pero experimentaba involuntariamente una viva emoción y no hablaba, por ir entregado á mis proyectos. Me parecía imposible que el joven oficial no adivinase mis intenciones y aun creía que notaba mi agitación interior; pero tal vez nada de esto sucedía.... Hay tantas cosas que solo se dicen de palabra.

Era el anochecer de uno de aquellos hermosos días de otoño en que todo se halla en calma y reposo; ni un soplo de viento agitaba los árboles teñidos por los últimos rayos del sol poniente. Era imposible no abandonarse á una dulce meditación á vista de aquella naturaleza tan hermosa, que iba adormeciendo en aquella hora todo lo que tenía vida en su seno, fuera del hombre que velaba para pensar. Era uno de aquellos momentos en que el alma se conmueve, en que nos hacemos mejores, en que tenemos deseos de llorar, sin pena conocida.

Tendí la vista desde la entrada de la calle y ví á Ursula en su ventana. La última claridad del día que bajaba hasta su cabeza, comunicaba un lustre desusado á su pelo negro. Un poco de alegría brillaba en sus ojos al mirarme y se sonreía de aquella manera que tanto me interesaba. Su vestido negro de largos pliegues perdidos,

no dejaba traslucir de todo su cuerpo más que el sitio en que el cinturón marcaba el talle; pero este por la misma delgadez de la joven se presentaba esbelto y no desprovisto de gracia. Las violetas, sus flores favoritas, estaban prendidas en su seno.

—Allí está Ursula! dije yo á Mauricio, llamando su atención hacia la ventana baja de la casita. El la miró y siguió con los ojos clavados en ella, lo que desconcertó á la joven, tan tímida todavía como si tuviese quince años: cuando llegamos á ella los más vivos colores animaban su rostro. Mauricio se detuvo, habló un poquito con nosotros y se retiró enseguida; pero desde este día entró muchas veces en la ciudad por la callejuela de Ursula, llegó hasta saludarla algunas veces, y al cabo entró en su casa conmigo.

Hay almas tan desahuciadas de esperanza que no saben comprender el bien que les sucede. Rodeada por su tristeza y desaliento de todas las cosas, como de un denso velo que le ocultaba el mundo exterior, Ursula nada veía, nada comprendía y por nada se agitaba.

Permaneció á vista de Mauricio, como solía estar en mi presencia, esto es, abatida y resignada.

Tocante á Mauricio yo no sabía bien claramente lo que pasaba en su corazón; pero si no sentía el amor, me figuraba al menos que la piedad que le inspiraba Ursula, llegaba hasta el cariño y el entusiasmo.

El alma de aquel joven exaltado y melancólico, amaba la atmósfera de tristeza que reinaba alrededor de Ursula y venía junto á ella á decir mal de la vida, á renegar de sus felicidades y no hablar más que de sus desengaños, sin advertir que en aquella comunicación de tristeza, se exhalaba de sus dos almas, jóvenes aun, una dulce simpatía casi parecida á la dicha cuya existencia negaban.

En fin, pocos meses después y por la tarde también, en el lindero de un bosque y paseando por terrenos incultos á pocos pasos de nuestros amigos, Mauricio me habló así.

(Continuará.)

X.